

La tienda de muñecos

Julio Garmendia

No sé cuándo, dónde ni por quién fue escrito el relato titulado *La tienda de muñecos*. Tampoco sé si es simple fantasía o si será el relato de cosas y sucesos reales, como afirma el autor anónimo; pero, en suma, poco importa que sea incierta o verídica la pequeña historieta que se desarrolla en un tenducho. La casualidad pone estas páginas al alcance de mis manos, y yo me apresuro a apoderarme de ellas. Helas aquí:

“No tengo suficiente filosofía para remontarme a las especulaciones elevadas del pensamiento. Esto explica mis asuntos banales, y por qué trato ahora de encerrar en breves líneas la historia -si así puede llamarse- de la vieja Tienda de Muñecos de mi abuelo que después pasó a manos de mi padrino, y de las de este a las mías. A mis ojos posee esta tienda el encanto de los recuerdos de familia; y así como otros conservan los retratos de sus antepasados, a mí me basta, para acordarme de los míos, pasear la mirada por los estantes donde están alineados los viejos muñecos, con los cuales nunca jugué. Desde pequeño se me acostumbró a mirarlos con seriedad. Mi abuelo, y después mi padrino, solían decir, refiriéndose a ellos:

—¡Les debemos la vida!

No era posible que yo, que les amé entrañablemente a ambos, considerara con ligereza a aquellos a quienes adeudaba el precioso don de la existencia. Muerto mi abuelo, mi padrino tampoco me permitió jugar con los muñecos, que permanecieron en los estantes de la tienda, clasificados en orden riguroso, sometidos a una estricta jerarquía, y sin que jamás pudieran codearse un instante los ejemplares de diferentes condiciones; ni los plebeyos andarines que tenían cuerda suficiente para caminar durante el espacio de un metro y medio en superficie plana, con los lujosos y aristocráticos muñecos de chistera y levita, que apenas si sabían levantar con mucha gracia la punta del pie elegantemente calzado. A unos y otros, mi padrino no les dispensaba más trato que el imprescindible para mantener la limpieza en los estantes donde estaban ahilerados. No se tomaba ninguna familiaridad ni se permitía la menor chanza con ellos. Había instaurado en la pequeña tienda un régimen que habría de entrar en decadencia cuando yo entrara en posesión del establecimiento, porque mi alma no tendría ya el mismo temple de la suya

y se resentiría visiblemente de las ideas y tendencias libertarias que prosperaban en el ambiente de los nuevos días.

Por sobre todas las cosas él imponía a los muñecos el principio de autoridad y el respeto supersticioso al orden y las costumbres establecidas desde antaño en la tienda. Juzgaba que era conveniente inspirarles temor y tratarlos con dureza a fin de evitar la confusión, el desorden, la anarquía, portadores de ruina así en los humildes tenduchos como en los grandes imperios. Hallábase imbuido de aquellos erróneos principios en que se había educado y que procuró inculcarme por todos los medios; y viendo en mi persona el heredero que le sucedería en el gobierno de la tienda, me enseñaba los austeros procedimientos de un hombre de mando. En cuanto a Heriberto, el mozo que desde un tiempo atrás servía en el negocio, mi padrino le equiparaba a los peores muñecos de cuerda y lo trataba al igual que a los maromeros de madera y los payasos de serrín, muy en boga entonces. A su modo de ver, Heriberto no tenía más sesos que los muñecos en cuyo constante comercio había concluido por adquirir costumbres frívolas y afeminadas, y a tal punto subían en este particular sus escrúpulos, que desconfiaba de aquellos muñecos que habían salido de la tienda alguna vez, llevados por Heriberto, sin ser vendidos en definitiva. A estos desdichados acababa por separarlos de los demás, sospechando tal vez que habían adquirido hábitos perniciosos en las manos de Heriberto. Así transcurrieron muchos años, hasta



“

Nada contestó Heriberto, pero sus sollozos resonaron de nuevo, cada vez más altos y más destemplados. ”

que yo vine a ser un hombre maduro y mi padrino un anciano idéntico al abuelo que conocí en mi niñez. Habíamos aún la trastienda, donde apenas si con mucha dificultad podíamos movernos entre los muñecos. Allí había nacido yo, que así, aunque hijo legítimo de honestos padres, podía considerarme fruto de amores de trastienda, como suelen ser los héroes de cuentos picarescos.

Un día mi padrino se sintió mal. —Se me nublan los ojos —me dijo— y confundo los abogados con las pelotas de goma, que en realidad están muy por encima.

VIENE DE LA PAG 1

—Me flaquean las piernas —contino, tomándome afectuosamente la mano— y no puedo ya recorrer sin fatiga la corta distancia que te separa de los bandidos. Por estos síntomas conozco que voy a morir, no me prometo muchas horas de vida y desde ahora heredas la Tienda de Muñecos.

Mi padrino pasó a hacerme extensas recomendaciones acerca del negocio. Hizo luego una pausa durante la cual lo vi pasear por la tienda y la trastienda su mirada ya próxima a extinguirse. Abarcaba así, sin duda, el vasto panorama del presente y del pasado, dentro de los estrechos muros tapizados de figurillas que hacían sus gestos acostumbrados y se mostraban en sus habituales posturas. De pronto, fijándose en los soldados que ocupaban un compartimiento entero en los estantes, reflexionó:

—A estos guerreros les debemos largas horas de paz. Nos han dado buenas utilidades. Vender ejércitos es un negocio pingüe.

Yo insistí acerca de él a fin de que consintiera en llamar médicos que lo vieran. Pero se limitó a mostrarme una gran caja que había en un rincón.

—Encierra precisamente cantidad de sabios, profesores, doctores y otras eminencias de cartón y profundidades de serrín que ahí se han quedado sin venta y permanecen en la oscuridad que les conviene. No cifras, pues, mayores esperanzas en la utilidad de tal renglón. En cambio, son deseables las muñecas de porcelana, que se colocan siempre con provecho; también las de pasta y celuloide suelen ser solicitadas, y hasta las de trapo encuentran salida. Y entre los animales —no lo olvides—, en especial te recomiendo a los asnos y los osos, que en todo tiempo fueron sostenes de nuestra casa.

Después de estas palabras, mi padrino se sintió peor todavía y me

hizo traer a toda prisa un sacerdote y dos religiosas. Alargando el brazo, los tomé en el estante vecino al lecho.

—Hace ya tiempo —dijo, palpándolos con suavidad—, hace ya tiempo que conservo aquí estos muñecos, que difícilmente se venden. Puedes ofrecerlos con el diez por ciento de descuento, lo equivaldrá a los diezmos en lo tocante a los curas. En cuanto a las religiosas, hazte el cargo de que es una que les das.

En este momento mi padrino fue interrumpido por el llanto de Heriberto, que se hallaba en un rincón de la trastienda, la cabeza cogida entre las manos, y no podía escuchar sin pena los últimos acentos del dueño de la Tienda de Muñecos. —Heriberto —dijo, dirigiéndose a este—: no tengo más que repetirte lo que tantas veces antes ya te he dicho: que no atipes la voz ni manosees los muñecos.

Nada contestó Heriberto, pero sus sollozos resonaron de nuevo, cada vez más altos y más destemplados. Sin duda, esta contrariedad apresuró el fin de mi padrino, que expiró poco después de pronunciar aquellas palabras. Cerré piadosamente sus ojos y enjuagué en silencio una lágrima. Me mortificaba, sin embargo, que Heriberto diera mayores muestras de dolor que yo. Sollozaba ahogado en llanto, se mesaba los cabellos, corría desolado de uno a otro extremo de la trastienda. Al fin me estrechó en sus brazos:

—¡Estamos solos! ¡Estamos solos! —gritó.

Me desasí de él sin violencia, y señalándole con el dedo el sacerdote, el feo doctor, las blancas enfermeras, muñecos en desorden junto al lecho, le hice señas de que los pusiera otra vez en sus puestos...".

Fin

De libro *La tienda de muñecos* (1927).

Almendros

Los almendros maduraban en algún lugar. Preparaban secretos en el follaje: secretos de otoño. Depositaban toda su fe en la intención de madurar. Pensé en los almendros que había visto por el camino. Vivo en un lugar donde prácticamente todo lo que se sabe del otoño es la actitud de estos árboles. Y solo se confirma el verano en junio, con un fervor que llega casi a treinta grados.

El guardacoches, en la plaza, era mudo. Pero tenía todo un surtido de emociones en la garganta para acompañar sus gestos, con los brazos, la cabeza, las piernas, el cuerpo todo aún más vehemente. Estacioné el coche a la sombra de un árbol que no era almendro y estaba completamente verde. Vino a indicarme que estacionara más adelante. Señaló muchas veces con sus propios ojos, y después indicó enfrente de qué acera quería que dejara el coche. El mensaje: chica, cuida su coche mejor allí.

Cuidar: vigilar para defender. Custodiar, celar. Retener en la memoria. Tener en sí, encerrar, contener. Aplazar, diferir. Cautelarse, precaverse. Dejar de pronunciar, de comunicar, callar, guardar (un secreto). Refugiarse en un lugar, abrigarse.

Dándole la espalda al guardacoches, vi a mi amigo. Leía un libro mientras me esperaba. ¿Me esperaba desde hace seis meses? Seis meses por lo menos, que los secretos de los almendros nos rodean, revolución de las estaciones. ¿El pasado es asimismo un bosquejo? ¿Es necesario seguir completando esta especie de croquis con la ficción de la memoria? El futuro, por otra parte, tal vez sea nuestro autorretrato ingenuo. Lo que fuere. Él me esperaba. Quizás no una espera de seis meses, esa es solo libertad poética (menos: improbabilidad poética). Digamos: una espera factual y comprobable de diez o quince minutos, a la sombra del inmenso árbol verde.

Mi amigo leía su libro y desde el primer día verlo para mí, ha sido un susto cubierto de vello. Una vez, hace ya algunos años, él se pegó a mi recuerdo de tal manera que tuve que meterme bajo la ducha, para ver si lo olvidaba drenaje abajo. Ese día, funcionó. Pero los sustos se reiteraban, venían repitiéndose, canción de cuna. No hay drenaje que soporte tanto. En seis meses, seis años. Seis vidas (dejando la séptima, felina, a cargo de la improvisación).

Dos horas más tarde, miraba mi propio

cuerpo desnudo en la sin ceremonia del espejo clavado en el techo. Mi amigo dormitaba, sentía los espasmos musculares de su cuerpo. También cerré los ojos. Soñé con el teatro de sombras. Siluetas pasaban detrás de un telón blanco. De un lugar oculto venía la luz, de atrás. Vi la sombra de un enorme pájaro con un penacho en la cabeza, y vi la sombra de la bailarina favorita del emperador Wu Ti, en China, dinastía Han. Cuando desperté, miré para el lado e intenté reconocer a mi amigo.

¿Existía? ¿Era el bosquejo que yo hacía de un pasado por venir? Despertó y abrió los ojos. Pude examinar allá bien adentro. Descubrí cosas que no sabía. Gestos de bailarinas chinas. La alfombra de hojas muertas de los almendrones, en el suelo, falsa impresión de clima templado, falso suspiro europeo. Encontré a los negritos de la playa que comían la pulpa de la almendra. Encontré todas mis seis vidas, más la séptima, que acababa de improvisarse. Pero en ese mismo instante noté que mi amigo ya no estaba allí. Primero asumió los contornos de una silueta en el teatro de sombras. Después se convirtió en una silueta atravesada por la luz y por mis pensamientos, una confabulación dividida, trampa y provocación. Después, solo una idea de los almendros en el inicio de un otoño que no era.

Sus ropas estaban bien allí, de lado. Arrugadas, arrojadas al suelo. Sus manos estaban bien allí, en mí, el fantasma vibrante de las huellas digitales. Pero cuando miraba para el lado era apenas la oquedad de la sábana pálida, sin sombras detrás. Y cuando miraba para el techo era solamente mi cuerpo reflejado, porción restante de alguna cosa ya vertiginosamente lejos, corriendo como milésima de segundo en el cronómetro. Vertiginoso: que causa vértigo. Que gira con enorme rapidez. Que causa desplazamiento veloz de algo que afecta a algo con ímpetu enorme. Que sucede con intensidad y mucha prisa. Que causa intensa perturbación, que arrebata.

¿Dónde estaba mi amigo? ¿Para dónde habría ido? ¿Dormiría con los ojos bien abiertos en una de las dimensiones extras del universo, aquellas minúsculas dimensiones que se doblan sobre sí mismas? ¿Había despertado para su otro sueño? ¿Sus otros sueños? ¿Había hecho de mí un pasado tan frágil, un toque tan suave del lápiz sobre el papel, que yo ya no existía, pocos instantes después de existir?



LA AUTORA

Adriana Lisboa
(Brasil, 1970). Estudió música y literatura. Entre sus publicaciones: *Sinfonia em branco* (2001. Premio José Saramago), *Os fios da memória* (1999), *Língua de trapos* (2005. Premio Revelación de la Fundación del Libro Infantil y Juvenil de Brasil). Investigadora adjunta de la Universidad de Nuevo México en Albuquerque (Estados Unidos). También es traductora y sus libros han sido publicados en Suecia y Portugal. Su sitio en redes es: www.adrianalisboa.com.br



Adriana Lisboa

Sola, con aquella calma extravagante que hay dentro del corazón de todo vértigo, me di un baño. La rejilla de la ducha era bien pequeña: imposible hacer desaparecer a alguien por allí. El olor del jabón era malo. Las toallas eran suaves. Volví a la plaza donde el hombre mudo cuidaba mi coche. No había almendros alrededor. El guardacoches me vio llegar. Gesticulaba al decir las cosas que habría dicho si las palabras no se pegasen a su garganta. Me llamó de allí, de lejos, con el brazo.

Llamar: invitar para el lado de sí. Decir el nombre de alguien. Llamar la atención de alguien, impulsar, arrastrar (embarcación) por la fuerza de la corriente. Despertar a alguien del sueño.

El guardacoches me mostró un balde de agua y un estropajo indicando con eso que había lavado el coche, y que por lo tanto el pago tendría que ser más sustancial. Siempre a mi criterio. Pero más sustancial. No contesté, no cogí la llave ni la billetera del bolso. Éramos dos pequeños mundos improprios, él y yo, el metal reluciente a nuestro lado, el agua aún viva en el balde.

Hizo un gesto con los ojos y la extremidad de la barbilla. Detrás de usted, decía.

Dándole la espalda al guardacoches, vi a mi amigo. Leía un libro mientras me esperaba. ¿Seis meses y algunas horas que me esperaba? Y los secretos de los almendros nos rodeaban aún, revolución de una revolución de las estaciones. El pasado: bosquejo. Sería necesario ir terminando esa especie de croquis con la ficción de la memoria. Futuro: un autorretrato ingenuo. Enmarcado y colgado en la pared de un museo que nadie va a visitar.

Me esperaba. Quizás no una espera de seis meses, esa es solamente libertad poética (menos: improbabilidad poética). Digamos: una factual y comprobable espera de diez, quince o veinte minutos, a la sombra del inmenso árbol verde.

Esperar: tener esperanza en, contar con, confiar en. No actuar, no tomar decisiones, no desistir de algo, no irse. Aguardar, contar con la realización de algo. Suponer, presumir, conjeturar. Imaginar.

Fin

EL AUTOR

Julio Garmendia
(El Tocuyo, 1898-Caracas, 1977). Escritor, diplomático y periodista. Su libro *La tienda de muñecos* (1927) es considerado el hito fundacional de la narrativa fantástica en Venezuela, pues rompe con la tradición del realismo y el criollismo abriendo cauces hacia la ficción, la efusión imaginativa e incluso el humor. Fue también autor de los libros *La tuna de oro* (1951) y *La hoja que no había caído* (1979), este último publicado después de su muerte. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura en 1973.



El coleccionista

Wilfredo Machado

Debo confesar con cierta vergüenza que este hábito de coleccionar pesadillas lo heredé de mis mayores, que a su vez lo heredaron de los suyos en una larga tradición que abarca siglos de luchas y de sacrificios.

De niño me despertaba atacado por una feroz pesadilla que intentaba ahogarme entre los meandros de su macabra historia, hasta que, con el tiempo, comencé a acostumbrarme a ellas. Luego me di cuenta de que podía atraparlas y coleccionarlas en pequeñas y frágiles cajas de madera. Allí estaban encerradas en un orden universal y perfecto las visiones más abominables de la psique humana, aquellas que nadie se atrevía a pensar, pues su sola idea enloquecería los corazones más valientes. A veces, cuando me matan el tedio y el aburrimiento, doy una siesta para divertirme. Entre los invitados escojo a un grupo de vecinos grises y avarientos que, sin lugar a dudas, nadie echará de menos. Los conduzco bajo engaños, a la habitación donde, orgulloso, les muestro mi colección de pesadillas. Dejo que cada uno escoja a su preferencia. Luego les abro la ventana y salen volando convertidos en grifos, aves insomnes, insectos monstruosos, mariposas oscuras, murciélagos salvajes. Se posan sobre los cables del tendido eléctrico contemplando el mundo a sus pies. En un principio están felices de su nueva condición. Pero luego de un tiempo se cansan de sus pesadillas, pero ya no saben cómo regresar. Se quedan estáticos a la intemperie bajo la fría noche hasta que el cruento invierno los congela en figuras de hielo que nadie reconoce. En el verano se derriten. Cuando arrecia el calor húmedo de la costa y salgo a la calle a comprar un helado, cigarrillos o la prensa puedo sentir sus miradas de odio desde las alcantarillas oscuras y húmedas.

Fin

De *Corazones sombríos y otras historias bizarras* (2014).

EL AUTOR

Wilfredo Machado

(Barquisimeto, 1956). Narrador y compilador. Estudió Letras en la Universidad de Los Andes (ULA) y en 1993 realizó estudios en la ciudad de Nueva York. Sus comienzos literarios están vinculados al Taller Autónomo de Literatura (TAL) en la ciudad de Mérida en el que participó a finales de los años sesenta. Primer Premio XLI Concurso de Cuentos de El Nacional, 1986, por *Contracuerpo*. Mención de honor en XLII Concurso de Cuentos de El Nacional, 1989. Segundo Premio del Concurso Literario Narrativa Breve, Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI), Embajada de España, 1992. Premio Municipal de Narrativa del Distrito Federal, mención Cuento, 1995 por *Libro de animales*.

